

# Vicente Gallego

## Ángel González; caballero del verso

A mis veinte años, cuando sólo había leído, por lo que atañe al verso, las beneméritas antologías de la colección Espasa-Calpe, donde me encontré con Alberti, con Juan Ramón, con Machado, con Neruda y hasta con León Felipe, el descubrimiento de la obra de Ángel González supuso una pequeña conmoción para el aprendiz de poeta que yo pretendía ser. Aquellos poemas de *Tratado de urbanismo* me descubrieron un nuevo modo, fueron una ventana abierta, un ampliarseme de repente el horizonte de posibilidades expresivas. Su tono cuidadosamente coloquial, su sentido del humor, su desparpajo, su absoluta proximidad con el mundo real en que yo me manejaba supusieron para mí todo un hallazgo. Recuerdo aún de memoria fragmentos enteros de poemas como *Jardín público con piernas particulares* o *Inventario de lugares propicios al amor*. Aprendí que la poesía no sólo estaba en las rosas y en las palabras refulgentes, vi con mis propios ojos que también tomaba residencia en los verbos más humildes -y con qué emoción-, en los adjetivos con sabor a vino peleón y al tedio municipal de los domingos otoñales. Me pareció que Ángel González escribía como se habla en la calle y, sin embargo, aquellos versos tenían su música y su vuelo, su herida y su carga de dinamita silenciosa. Luego supe que detrás de ellos había un minucioso trabajo de orfebre, porque ese tono como al descuido, de gran naturalidad, que tienen los mejores poemas de Ángel oculta a un poeta dotado para la palabra precisa como pocos. No hay nada en su verso que no encaje, no hay un adjetivo fuera de lugar, un verbo mal dispuesto, un atrevimiento que no haya sido sabiamente calibrado. Algo cálido, cercano, una temperatura de humana proximidad se desprendía de aquellos poemas dichos a media voz, y un personaje entrañable, un yo poético con una clara dimensión moral se dibujaba ante mí. Y yo seguía aprendiendo, disfrutando.

Creo que Ángel fue el primer poeta de la generación del medio siglo que, por imperativos estrictos del azar, pude leer de modo extenso. Mucho más tarde tuve la oportunidad de conocerlo. Hay personas que uno ve a diario sin conseguir intimar con ellas una sola pulgada y hay gente a la que uno ve cuatro veces en la vida y se siente con derecho a considerarse su amigo. La cordialidad de Ángel, su saber estar siempre en su sitio, ni un centímetro más allá de su verdad, es un milagro del carácter. No he coincidido con él en esta vida tanto como me hubiera gustado, pero desde el primer día que me estrechó la mano sentí que en aquel gesto iba un sincero ofrecimiento, una entrega para largo. Aunque conozco pocos conversadores tan brillantes e infatigables, ni siquiera es necesario hablar para encontrarse a sus anchas con él, porque con Ángel todo resulta fácil, hasta esa cosa tan difícil que es el silencio compartido en la mejor ley. A mí me parecen muy pocas, cada vez menos, las veces que he podido darme el gusto de tratar a este caballero del verso, a este poeta del trato humano y, sin embargo, cuántos taxis nos llevaron juntos, en la noche del mundo, a través de las ciudades y los tiempos, a los hoteles gélidos del alba, después de los boleros, después del alcohol y la alegría contra todo.

Yo a nadie he visto beber con tal sabiduría, el vino y el licor más peligroso de la vida. Dadle una copa a Ángel, dadle humo y una guitarra y unos cuantos amigos y veréis lo que es la farra grande, la que no tiene fondo, la que nos lleva a todos noche arriba, tomados hasta el hígado, embarcados en el empeño de celebrar a ultranza el milagro fugaz de respirar y hallarnos juntos.

